

ESCRIBEN: Washington Lockhart, Angel Rama.

## Denodado ensayo más valiente que ilustrado.

El título del libro apunta desde el pligac a una amonestación de respetables dimensiones. Y no deja de producir alarma que se nos ame-nace en las primeras de cambio con una cla-rificación "racional" de las distintas artes, y se nos afirme que "lo mensurable es una condición necesaria", y que "lo que no pue-de ser medido, comparado matemáticamente, no está dentro del ámbito de la estética". A su altura ya no pueda extrañar que el au-tor exalte a los bucos (presumiblemente de pluma), desde que "la relación entre sus dos alas satisface a la divina proporción"; no tan divinos —estamos obligados a pensar— para las palomas y otras aves inexplicablemente designadas por una estética divinamente permitida. Ciertamente que en otro lado se nos sorprende diciendo que los artes "sólo de-been recurrirse con las formas y las armonías cromáticas y sonoras", y que "lo estético es lo más primitivo, lo más primitivamente sen-sitivo", sin que se nos explique por qué vías se lo acercaría entonces "la razón"; descon-fiaro que aumenta cuando leemos que "lo fundamental es crear la ilusión de una reali-dad circundante. Es crear con realismo y ver-similitud una experiencia de la naturaleza", ahora entonces esperamos a comprender el por qué se pone a exaltarse el arte pictórico de Churchill, cuyos cuadros —nos dice— no pudieron exhibirse en el Museo de Chicago debido a su fama de político; y el por qué se indigna inmediatamente ante ese "bohémio indigente con el hábito impregnado de ajen-ja, convaleciente en lóbregas bohardillas con majares de dudosa moralidad y poetas de un más dudoso equilibrio mental", alusión por lo menos inelegante a aquellos borrachines disolutos y dudosos que se llamaron Baudelaire y Verlaine. El libro acumula luego las más sorprendentes demostraciones de incom-pretación e insensibilidad. Empieza por trans-cribir la afirmación de Serullaz de que Pi-casso "es un hombre que perpetuamente debe usar de máscara para disimular que no se siente rostro". Otras maestras: H. Moore y Gi-acometti quedan incluidos en el "arte menor decorativo", pues "crean formas por el pla-cer de las formas", con una "tendencia a de-formar el cuerpo humano que carece de sen-tido": "¿para qué toda esta deformación —se pregunta el autor— si se pretende realizar una sencilla composición de formas geométri-cas estéticas?" Les niega asimismo toda sen-sibilidad estética a los primitivos (Giotto in-cluído), denuncia sus "groseras imitaciones de la realidad", así como "el grosero con-ventualismo formal" con que los egipcios es-culaban la figura humana (¡oh, manos de Nofret!), cuyo valor plástico —afirma— me-merpreciaron; descalifica consecuentemente a la pañetera de Delos, esas magníficas expre-siones del arte griego arcaico, y denuncia el "arte luminoso caprichoso" del Greco, de-talle "negativo", por cuanto "no obedece a la lógica de las leyes físicas de la óptica". A Cézanne la despacha con medio frase en la que alude a "su divorcio del clasicismo, en su afán de rapidez (!), simplicidad y colorida, que lo llevó (con esos otros apurados que fueron Van Gogh y Gauguin, rápidamente hacia un tipo de pintura típicamente de-constructiva". Y así van cayendo tantos otros, como por ejemplo Rouault, a quien acusa de "imitatismo artístico (porque —afirma— no hizo más que imitar la técnica de los vitra-les), lo que habla bien poco en favor de su juicio y originalidad". Tales defenestracio-nes pueden dar la pauta del espíritu que presidió la redacción de este denodado ensayo, mucho más valiente —no quede duda— que ilustrado.

W. L.

\* SOLANO PESA GUZMAN: ENSAYO DE UNA TEORÍA GENERAL DEL ARTE. Buenos Aires, Emecé, 1963, 294 pp.